

HORMIGAS ANUALES

- ¡Otra vez las putas hormigas! – gritó desaforado mientras se lanzaba como un poseso hacia el soporte del que colgaba el trapo de cocina.

Acababa de abrir el armario en el que guardaban las galletas, el pan y el chocolate y había encontrado la torta de chicharrones, que tanto le gustaba, invadida por ellas. La torta en cuestión venía envuelta en una funda de plástico muy ceñida. Por su interior pululaban decenas de minúsculas hormiguitas.

- ¡Madre mía, está lleno! – volvió a clamar ya armado con el trapo al tomar en su mano libre la invadida torta y comprobar que estaba plagada.

- Yo eso no me lo como, te lo advierto – anunció sin titubear la niña, sentada sobre una banqueta de cocina, aún con el pijama puesto.

- Ya, ya, vale. No te preocupes. Abrimos una magdalenas, desayunas en un *pispás* y te llevo al colegio. Ya me ocuparé después de estas... desgraciadas – añadió tras una pausa que aprovechó para asestar un vigoroso golpe de trapo a la fila que ordenada y sistemáticamente salía del armario de la cocina por su parte superior, casi a salvo de cualquier vista, excepto la del iracundo padre.

- Pero bueno, ¿otra vez estamos con esto? ¿No te las habías cargado con aquel cebo que nos recomendó el de la tienda y que nos costó un Congo? - la madre hacía su aparición en escena ya vestida y lista para salir -. A ver, tú – dijo dirigiéndose a la niña – coge tu taza y vete al salón a desayunar con una bandeja, que yo te llevo ahora una magdalena como dice tu padre.

- No quiero, ¿qué vais a hacer con las hormigas? Quiero verlo.

- Oye, no hay tiempo ni ganas, ¿vale? Coge tu taza, ponla aquí – le tendió una bandeja que acababa de sacar de un cajón bajo la placa vitrocerámica- y al salón. Deprisita. *Muy* deprisita. Desayuna que hoy te llevo yo. Pero a toda máquina. Hay que vestirme, lavarte y marcharse en quince minutos. Mira qué hora es. Bueno, y tú ocúpate de las mascotas. Por favor – el tono final fue entre mordaz y exigente, le miró apenas y apartándole con un leve empujón se volvió a coger una magdalena envuelta en plástico del armario, obviando la pléyade de hormigas que pululaba desconcertada tras el golpe de trapo, y saliendo de la cocina tras la niña.

Él la miró irse con verdadero enfado. Cómo no, *ella* organizaba el zafarrancho, pero era él quien debía meterse en la trinchera. El reloj también corría para él. Lo miró ostensiblemente, pero ella ya no estaba para ver el teatral gesto.

- ¡La madre...! – comenzó a decir, pero no terminó, porque ella asomó la cabeza desde el quicio de la puerta y lo clavó con su mirada mientras hacía un gesto inequívoco con la cabeza hacia donde la niña desayunaba a toda prisa entre rezongos.

- Eh, caballero, que hay una menor. Ojito lo que dices. Córdete un poquito, ¿vale? – añadió con un expresivo gesto de exigencia.

Resopló, entregó las armas y se rindió. Se echó el trapo al hombro y se dispuso al cuerpo a cuerpo – silencioso, sin una palabra más alta que la otra al menos hasta que se marcharan- con la tropa minúscula. Sacó la torta y la puso sobre la encimera. Al hacerlo, una nube de hormiguitas se dispersó a su alrededor, caminando de aquí para allá a su increíble velocidad. Acercó el taburete en el que había estado sentada la niña para poder encaramarse al armario y ver qué más habían colonizado las huestes invasoras.

- ¡Joder! – se le escapó. Por suerte, lo hizo quedamente, de manera que ella no le oyó. Tras un instante de encogimiento físico y mental esperando que le reprendiese por seguir diciendo tacos y dando gracias a su inconsciente por haberle permitido controlar el cabreo, sacó la caja de las galletas. Parecía tener – tenía- vida. Una marea de puntitos oscilaba de un lado a otro mientras él la sostenía y con cuidado innecesario, la depositaba junto a la torta sobre la encimera al tiempo que la destapaba. Dentro había muchas, agrupadas inicialmente en varios núcleos pero que comenzaron inmediatamente a moverse y a cubrir de manera más o menos uniforme tanto las galletas como la caja. Curioso, observó cómo una y otra pléyade de hormigas se mezclaban y confundían. Algunas ya comenzaban a alejarse de las demás, pero sin un rumbo fijo. Unas, hacia el fregadero, otras, hacia el microondas, otras, en fin, subían en vertical el copete de la encimera. Se quedó embobado mirándolas.

Se volvió de nuevo hacia el armario. No eran aquellas las que iban a mostrarle el camino que seguían unas para llegar y otras para salir del armario. Trepó de nuevo al taburete y se quedó expectante, tratando de descubrir la senda secreta.

- ¡Hasta luego!

- ¿Cómo que hasta luego? Un beso por lo menos, ¿no? – respondió acercándose hacia la puerta de la entrada donde madre e hija estaban ya saliendo. Se besaron, él se las quedó mirando mientras bajaban la escalera y, cuando hubieron desaparecido, cerró la puerta. Miró el reloj. Decidió echar toda la carne en el asador.

- Oye, soy yo. Mira tengo un problemilla en casa. No, nada serio, ya te contaré. La cosa es que llegaré un poco más tarde. ¿Puedes mirar mi agenda, por favor? ¿Tengo algo a primera hora? Ah, ya, bueno, pero eso no es urgente, diles por favor que luego a lo largo de la mañana les busco y lo hablamos en un momento. Estupendo, así puedo ocuparme de esto sin agobio. Si no, lo dejaba pendiente, pero no habiendo nada apremiante, me quedo a ver si lo dejo zanjado. Sí, sí. De acuerdo. Hasta luego.

Colgó el móvil. Dudó un instante pero decidió cambiarse de ropa, y ponerse la que usaba en el jardín, para no mancharse la que ya tenía puesta para ir al trabajo. Lo hizo y regresó a la cocina, listo para el combate.

Las hormigas de la torta y de la caja de galletas habían desaparecido prácticamente, excepto pequeños grupos que seguía a lo suyo: las unas por dentro del plástico de la torta, las otras dentro

de la caja, entre las galletas. Aquí y allí se veían unas cuantas, solas o en pequeños grupos, pero nadie diría que hacía unos minutos parecían miles.

Dejó de lado aquello y se subió de nuevo para ver el armario. Allí estaban las que él quería ver. Una fila irregular bordeaba el canto del armario y, por él, subía casi hasta el techo. Pero, justo antes de alcanzarlo, lo seguía paralelo. Era fantástico: el techo blanco las hubiera delatado fácilmente, pero manteniéndose a un centímetro o dos por debajo, quedaban resguardadas en el color más oscuro de la pared. Las siguió con la mirada, abandonaban el borde del armario y seguían por encima de la puerta que daba a la terraza, alcanzaban la esquina superior de la cocina y allí, desaparecían.

Movió la banqueta hasta llegar al rincón y se subió de nuevo. No desaparecían por ensalmo. Allí había una caja de electricidad, por uno de cuyos bordes, que tenía una minúscula fisura, se colaban.

- ¡Mierda! - gritó a placer. Se rió solo, al poder dar rienda suelta a la mala leche acumulada e imaginarse a sí mismo siendo grabado por alguna cámara de seguridad mientras, aguerrido y bravo, trazaba las líneas enemigas, las seguía y, valientemente, descubría su escondrijo.

“No puedo quitar la tapa, desconcharé la pintura. No vale la pena, pero ¿qué hago ahora?”

Su primer impulso fue liquidar a todas cuantas tenía al alcance con el trapo, a puro golpe, o con la esponja levemente húmeda y capturándolas con ella, que le pareció la mejor solución. La primera opción no las mataría sino que las dispersaría y luego volverían a orientarse y a dar problemas. Pero con eso no resolvía la cuestión, sólo se daba el gusto, fútil, de matar a unas cuantas, pero volverían. Vaya que si volverían.

El año anterior habían comprado una trampa especial que, según el vendedor, les libraría para siempre del problema. Nada. El anterior a ese, empleó un espray con el que impregnó las zonas de paso y que también era estupendo. Nada. Cebo envenenado otro año. Repelente eléctrico el precedente. Repelentes químicos años anteriores. Nada de nada de nada.

Bufó de nuevo, pero suavemente esta vez. Pasado el cabreo inicial, estaba recapacitando sobre qué hacer que no fuese producto del calentón furibundo de encontrárselas en su comida otra vez. Miró impotente cómo se metían por el pequeño agujero con su ritmo rápido pero tranquilo. En cierto modo, aquello era como mirar el fuego o las olas del mar, tenía un innegable punto hipnótico. Estuvo un buen rato allí, a camino entre el aturdimiento del movimiento de las hormigas y la necesidad de hacer algo.

Y tomó una decisión. Bajó al sótano, al cuarto donde guardaba las herramientas y los productos químicos. Cogió un tubo de un cubo donde había varios parecidos, lo examinó, leyó rápidamente la etiqueta y volvió a subir. La cánula era muy estrecha, pero el producto era bastante fluido. Hizo una pequeña prueba sobre un papel y resultó satisfactoria.

Por última vez, se subió a su banqueta aliada y apuntó con la punta de la cánula del tubo al pequeño orificio por el que se colaban las hormigas. Y apretó.

- Oye, qué pasa, te he llamado varias veces y no me lo cogías.
- Sí, es que no quería cogerlo. Estaba a mi aire.
- ¿Y eso? Mira tú qué bien. Bueno, ¿has hecho lo de las hormigas?
- Sí.
- ¿Y?
- Pues nada, he sellado la entrada con un poquitín de masilla para que no puedan seguir usando el agujerito por el que se colaban.
- ¿Y ya está?
- Hasta que abran otro, sí. O hasta el año que viene, según les dé.
- Pues vaya solución ¿No podrías echarles algún producto o algo más... no sé... contundente?
- Pues sí, pero siempre vuelven, así que ¿para qué?
- Pues nada, guapo, hasta que ellas quieran.
- Eso es.
- Bueno y ¿qué haces ahora que no has ido ya al trabajo?
- Estaba *resayunando*.
- Ah, estupendo, me tienes alucinada, y ¿qué estás comiendo?
- La torta que ha sobrado.

Ex terminator